Argentina en la poesía de Alherti

((Me encuentro a la entrada del restaurante del Hotel Drim con Mateja Matevski (el gran poeta macedonio y encargado de las relaciones culturales de la república con el extranjero) y el esperado Rafael Alberti (bajo, canoso, con una melena de antiguo vate y marinero, como las de antes). Matevski me ubica a su derecha y frente a Alberti, quien come bien, toma bien, dice que se cuida mucho, pero en realidad no se cuida de nada. Es conversador, aunque a ratos baja los ojos y se escapa. Matevski nos cuenta la historia del alfabeto cirílico y la de los monjes hermanos, Cirilo y Metodio, la de sus supuestas herejías, el camino en busca de la comprensión del Papa, el éxito y la muerte de Cirilo. Y luego, prácticamente, el nacimiento de la literatura macedonia (y, en realidad, eslava) con Clemente de Ohrid, aquí mismo, donde nosotros estamos pisando ahora. Algo así como el nacimiento a uno de los más originales nacimientos de la escritura misma».

«Alberti interrumpe con algunos "formidables" y "magníficos", aunque se me ocurre que no está del todo entregado,a la apasiOflante historia. ¿Qué le pasa? Es como si de pronto, frente a mí y en este sitio tan exótico para los dos, Alberti reencontrara algo de sus 24 años pasados en la Argentina y, junto con las ganas de hablar un poco en español, afluyeran su ansiedad y su chorrera de recuerdos>),

<cAMatevski lo buscan todos, y lo interrumpen a cada rato. Por ahí alguien se lo lleva. "No se van a aburrir", nos dice antes de dejarnos, con una sonrisa. Cuando nos quedarnos mano a mano, el primero de quien se lanza a hablarme Alberti es de Oliverio Girando. Con un especial cariño. Luego, de Norah Lange, de Arlt ("a quien no llegué a conocer"), de Gerchunoff, y después de larga lista, de "un gran recuerdo" (oh extrañas relaciones de los sitios y los nombres), el de nuestro Macedonio Femández)).

Sabía muy bien que no era de mis textos de lo que más avidez tenían los lectores, sino a lo sumo de mi testimonio sobre Rafael Alberti. Pero no pude resistir a la tentación de comenzar por ciertas anotaciones que hiciera, muy lejos de aquí y también de la Argentina, cuando tuve la fortuna de conocer a Rafael. Fue en Struga, al sur

de Macedonia, que a su vez está bien al sur de Yugoslavia (que, como todos saben, es el pueblo de los eslavos del sur). Y, sin embargo, con estar tan al sur, no era aún Tierra del Fuego...

La transcripción es textual, para no atentar contra su sinceridad. Está fechada el 23 de agosto de 1978. Ese año Rafael Alberti recibía la Guirnalda de Oro del Festival «Les soirées poétiques de Struga», como en su momento la recibieran Eugenio Montale, Leopold Senghor, Pablo Neruda, Eugene Gullevi, y otros poetas de esta talla. Mi anotación, no sé por qué motivos, termina en esa mención doblemente simbólica de Macedonio Fernández. De algún modo, trataré de continuarla ahora.

Para hacerlo, tendría que decir con los versos de una de las «canciones» que siguen a las *Baladas y canciones del Paraná:* «¿Cuándo la tierra en que no estoy/ me hará sentirme en otra tierra?». Parecía, en efecto, que en aquel momento Rafael Alberti estaba una vez más extrañando algo, quizá de nuevo y paradójicamente «la otra orilla», a la que tanto había fundado en su poesía desde la llegada a la Argentina. Ese tema (acaso para confirmar el hecho de que más que formar y habitar el lenguaje, es él quien nos habita) había terminado por poblarlo. De aquel lado del mar había nacido «el otro mar». Pero ¿y aquél?

No quiero tontamente reivindicar espacios geográficos para la escritura. Aparte de que creo poco en los nacionalismos, y mucho menos en los poéticos, no voy a poner en duda la veta original y originalmente profundizada de su raigambre gaditana, andaluza. Quiero simplemente suponer que en Argentina no sólo encontró Rafael Alberti el calor de la amistad para su auxilio, la solidaridad y la simpatía que desde la guerra civil cundieron en las más vastas capas populares para con el antifranquismo, y aún, el enriquecido movimiento editorial, la sedienta y polifacética actividad cultural y literaria, sino también algo más íntimo, eso que supo él tomar con su palabra y forjar en un mismo acto con sus versos: mundos temáticos, núcleos de sentido, casas que construyera desde entonces y que seguramente no ha dejado de ocupar.

Creo, con relación a ello, que pueden detectarse en ese momento de su poesía numerosos tópicos en los que la presencia de un nuevo ámbito, una naturaleza nueva, otra historia y hasta hombres distintos, son evidentes: las estaciones, los climas, el río, el viento, las barrancas, las inundaciones, el horizonte inmenso, los caballos tan presentes, la soledad del hombre, su trabajo, la explotación, la abulia. A esos elementos pertenecen numerosos poemas entre los que, no sólo por el título, me parece el más ilustrativo aquel de *Hemisferio austral:* «...miremos de la mano.../ pampas, mares y gentes nunca vistos,/ el girar de las horas trastocadas». /.../ «Nuevo, incógnito horario./ Trueque de meses, cambio de estaciones». Y luego: «Es el descenso del verano... El vino,/ mientras allí se muere en primavera,/ condoliendo a la flor el cuerpo exánime/ sobre la tierra natural tirado,/ revienta aquí, sangriento en los toneles,/ y al par que ya perdida se sonroja/ la vid, se bebe el mosto de hoja en hoja,/ armando el sol más pronto sus bajeles». (p. 517)*.

A esta nueva situación del poeta pertenecen sin duda temas como el de «por encima del mar», el del «campo-mar», y el ya mencionado de «la otra orilla».

El primero («Te oigo mugir en medio de la noche/ por encima del mar, también bramando» —p. 479—) es, desde los poemas iniciales del largo exilio americano, el más insistente. Ya de manera directa (el poema «Por encima del mar», dedicado a Amparo Gastón y Gabriel Celaya —p. 719—, alguna copla de Juan Panadero: «¿Qué por encima del mar/ viene de allí que no sea/ tan sólo para llorar?» —p. 919—, el primer título del libro *Ora Marítima:* «Por encima del mar, desde la orilla americana del Atlántico», etcétera), ya modulado metonímicamente («Los pinos de la barranca/ son los del Mediterráneo./ Un viejo gaucho en el viento,/ Sagitario./ Abeja del Paraná,/ vuela y vámonos.» —P. 969— o en «Balada del posible regreso»: «Barrancas del Paraná/ conmigo os iréis el día/ que vuelva a pasar la mar» —p. 987—).

El del «campo mar», la pampa como océano, la inmensidad de la llanura, está presente ya en *Pleamar,* en el primer poema de la serie «Aitana»: «Yo os la suplico, mares, de faenas tranquilas,/ sereno mar propicio a las llanas labores,/ por donde sin acoso los náuticos arados/ surquen favorecidos en los bueyes del viento» —p. 510—, así como, más adelante: «Si este campo verde fuera/ de pronto el mar, estaría/ todo él en movimiento».

En cuanto al tema de «la otra orilla», el mito del otro lado, del otro lugar, de la tierra otra, está contenido todo en él: «Sí, mar, lo sé, tú eres, para mí, la otra orilla» (p. 524), en el nostálgico regreso imaginado: «Llego a costas que me llaman./ Me aposento en litorales/ que me conocen de antiguo./ Me voy./ No me detengáis.» (p. 978), o en el más agresivo de Juan Panadero: «Soy alegre. En mi cantar,/ se oye el canto de los gallos/ del otro lado del mar».

Claro que, por ser todos éstos índices expresos, manifestaciones más o menos definidas, quizá no se presten más que al descubrimiento y a la constatación. Hay, sin embargo, dos o tres cuestionamientos que tiene que ver con la situación del desterrado, pero que también la transcienden. Me interesaría, para terminar, detenerme en ellos porque justamente por esas cualidades de semejanza y trascendencia me parecen ser los momentos en que el hablante lírico hace coincidir una situación poética particular con las grandes interrogaciones de esta práctica artística: la preocupación por la posesión del lenguaje y por su pérdida, la reflexión sobre una poesía que desfallece porque ha perdido contacto con sus centros generadores.

Puesto que el escribir es una pulsión cuyo origen y cuyo fin no están aún muy claros, la afasia suele muchas veces convertirse en una inquietud permanente de todo escritor responsable con su oficio y con el público para el que escribe. Es cierto que voces como las de Alberti vienen sobredeterminadas por una suerte de misión histórica. El «poeta en la calle», una función precozmente asumida y cumplida sin descanso, debe esquivar su individualidad a ciertas conjeturas extemporáneas. Pero no logrará evitarlas. Entonces las asumirá tematizándolas en el particular estado por el que atraviesa: «Otra vez en el balcón/ del verano./ A cantarme nuevamente/ cómo se va otro

verano». (p. 988). O en la canción siguiente: «A quién echarle la culpa/ yo/ de tener que repetirme...» (p. 988). Motivo éste de la repetición que se dirigirá burlonamente hacia sí mismo en la canción 17: <<Cantas raro,/ pajarraco./ Repites letras y letras,/ y nadie atiende a tu canto./ Y si lo atiende... Qué risa,/ pajarraco!» (p. 955). Es el fantasma de una muerte anterior y más grave que la muerte: el del silencio, la caída en el abismo de la no productividad, el sitio infinito de la pérdida: «si ya como lenguaje te quedara/ tu propia resonancia repetida..." (p. 540).

Con este temor, y con la atribución del peligro *al* hecho de estar cortado de la propia tierra, es decir «con las raíces rotas» («Aunque mi canto quisiera/ ser del mundo,/ tiene al aire las raíces,/ y le falta el alimento/ de la tierra conocida» [p. 1033]), o de ser, Cúmo lo escribía en un poema justamente titulado «Esta pobre raíz)),« ...planta sin riego,/ pobre raíz que el agua no sustenta...≫(p. 775), quiero decir: con esta poetización de su particular situación de exiliado, Alberti traza un puente de retorno. No sólo, como podríamos ligeramemte imaginarlo, hacia una tierra amada, sino hacia esa otra tierra que para el poeta todo lo contiene, su «invariable poesía ,. Lo escribirá él mismo, en ese poema *del* libro *Retornos de lo vivo lejano:* «¡mi solo mar, al fin, que siempre vuelve!»

Aparte de las inevitables adhesiones geográficas, naturales, personales, nominales, *no* sé qué de más interior y de más constructivo en la producción poética misma dejó a Alberti el casi cuarto de siglo vivido en Argentina. El exilio español nos enriqueció en incontables campos, entre los que el editorial y el literario ocuparon un privilegiado lugar. Qué pudo la Argentina dar a cambio, no *lo* sé. Hoy que España reconstruye su comunidad, y que somos nosotros en cambio quienes la perdemos, la desagregamos ciegamente, y saltamos entre horrores y errores con admirable inconsciencia, quiero creer que algo inmaterial y no obstante transmisible tuvieron nuestra tierra y nuestros hombres como para alentar durab1emente esa energía literaria, ese rayo que, como quería otro indoblegable español, afortunadamente no cesó*.

• *Todas las citas corresponden a: Rafael Alberti,* Poesías completas, *Buenos Aires, Ed losada, 1981. 1.191 páginas.*

Gerardo Mario Goloboff